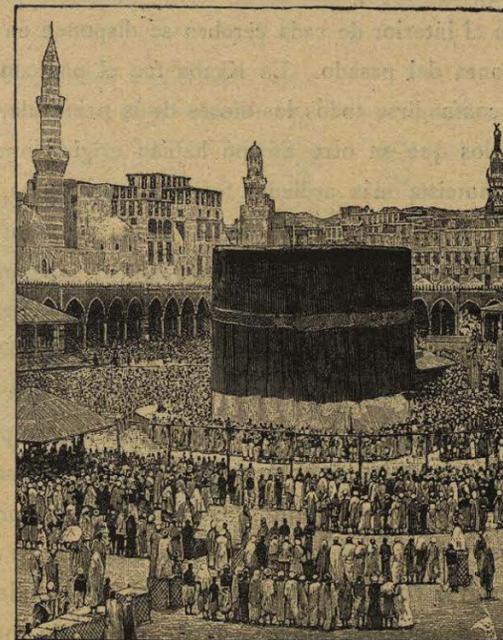


entre los pueblos que no sea causa de una aversión. Los Arabes habían de odiar á los Bizantinos y á todos los pueblos de civilización romana que se repartían el suelo en calidad de propietarios particulares con derecho personal de usar y de abusar. Traían otra forma de propiedad, el régimen comunitario de la tribu, y á ese régimen ha de atribuirse indudablemente las causas preponderantes de la prodigiosa rapidez de las conquistas árabes. En el fondo de toda revolución política durable ha de buscarse la evolución social: en las bases mismas de la sociedad se modifica el equilibrio. Si los Arabes triunfaron fácilmente, se debe á que, comparados con los mundos bizantino, persa y otros, representaban un principio superior. A todos los esclavos que proclamaban con ellos la gloria del Dios único, les otorgaban la libertad y además una igualdad religiosa completa y el fervor fraternal que da una fe común. A los trabajadores de la tierra, privados de su parte legítima del suelo cultivable, oprimidos por los grandes feudatarios, estrujados por el fisco, les concedían el derecho al cultivo y á la cosecha. Los límites desaparecían ante ellos: el suelo se convertía en el patrimonio común de la tribu cuyos miembros quedaban hermanos y afiliados por la fe. No hay duda que esta atribución de la tierra á la comunidad de los fieles constituía un gran peligro para el porvenir, puesto que amos y dueños absolutos podían sobreponerse un día á sus vasallos; pero mientras duró el fervor religioso, la nueva forma de la apropiación del suelo fué verdaderamente la emancipación para todas las multitudes anteriormente reducidas á servidumbre, y por eso acogieron con una explosión de entusiasmo al vencedor que les aseguraba á la vez la dignidad de hombre y el pan.

La unidad, la sencillez de la fe musulmana: «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta», ejerció gran influencia en las victorias de los Arabes, quienes no encontraban ante sí más que adversarios indecisos, sin bríos, sin fuerza sobrenatural que les impulsara. Sin embargo, el Islam mismo no resultaba tan claro como podría imaginarse según su doctrina. La imposibilidad de gobernar el mundo de conformidad con puras abstracciones, no fué nunca mejor comprobada que por las condiciones materiales del lugar de origen en que el mahometismo se cristalizó primeramente. La religión del

verdadero, del único dios que reina en la inmensidad, contemplando todas las cosas desde lo alto de los cielos, no parecía haber de sujetarse á un sitio preciso, como el templo de la Meca. Por el contrario, la infinita monotonía del desierto, con sus arenas que se extienden de un horizonte á otro, habla mejor de la omnipotencia de Allah que un lugar determinado donde hombres miserables se entregan á las ocupaciones triviales de la vida y á las transacciones del comercio. Y, sin embargo, rebajado por los fieles, fué obligado á descender sobre la Meca y á escogerla como su santuario preferido. Por penetrado



LA MECA
LA ORACIÓN ANTE LA KAABA EN LA GRAN MEZQUITA

(De una fotografía de M. Gervais Courtellemont)

que estuviese Mahoma el profeta de la omnipresencia de su Dios, no trasladó heroicamente el culto á alguna áspera montaña del desierto, sino que, obedeciendo á pesar de todo á las antiguas divinidades locales, á las alucinaciones de todo un pasado maldito, hubo de limitarse á destruir los ídolos de la Meca, y todavía fué á prosternarse ante el surtidor manantial de Zemzem y tocó con sus labios la piedra de la Kaaba: doblemente pagano, adorador de las fuentes y adorador de las piedras, comenzó por viciar, desde su primer movimiento, el culto del Dios puro espíritu, y, naturalmente, fué imitado por todo su pueblo de fieles.

Los antiguos cultos se refunden gradualmente en las formas nuevas, pero no perecen; bajo el más estricto monoteísmo vive todavía

el fetiche, lo mismo que entre el antiguo naturista ó politeísta. El Árabe era ya un poco monoteísta mucho antes que Mahoma¹, el Corán mismo lo declara expresamente: «En los momentos de gran peligro, los paganos invocaban siempre Allah y no los falsos dioses». En el interior de cada cerebro se disponen en estratos todas las religiones del pasado. La Kaaba fué el panteón árabe donde vinieron á confundirse todos los dioses de la península, los trescientos sesenta ídolos que en otro tiempo habían erigido otras tantas tribus², y el monoteísta más ardiente fué, entre los fieles, aquel en quien todas las divinidades de familia, de clan, de tribu se confundieron más íntimamente en una sola personalidad soberana.

Durante los primeros tiempos de la expansión árabe, mientras los combatientes del Islam, animados por el fervor primitivo, fueron igualmente de origen bastante puro para que la herencia persistiera en el carácter y las costumbres de la mayor parte de entre ellos, se observó entre los más nobles de sus jefes una sencillez digna que recordaba la vida antigua bajo la tienda hospitalaria, y que los piadosos musulmanes del día tratan de imitar en cuanto les es posible. Todavía en la actualidad, los fieles, á cualquier rango que pertenezcan, deben tener cuidado de despojarse de todo objeto precioso, de toda moneda de oro, antes de prosternarse en la oración. Deben volverse pobres á sus propios ojos y á los de Allah, al menos durante el tiempo empleado en esa ocupación sagrada. Además hay que guardarse del «mal de ojo» en presencia de Allah, y nada como el oro atrae el deseo, origen del odio y de todo mal³. En el templo no hay preferencia ni sitio reservado: pobres y ricos, negros y blancos se juntan y se mezclan en una misma adoración.

Entre los Arabes puros la victoria no podía seguir á los creyentes sino durante el período del gran fervor religioso, uniéndoles en una sola masa irresistible, porque, por naturaleza, el hijo del desierto, habituado á la vida libre en el espacio inmenso, se acomoda mal con la autoridad: por eso se le ha podido calificar de «anarquista», en el sentido riguroso de hombre sin amo. En cuanto la fe le aban-

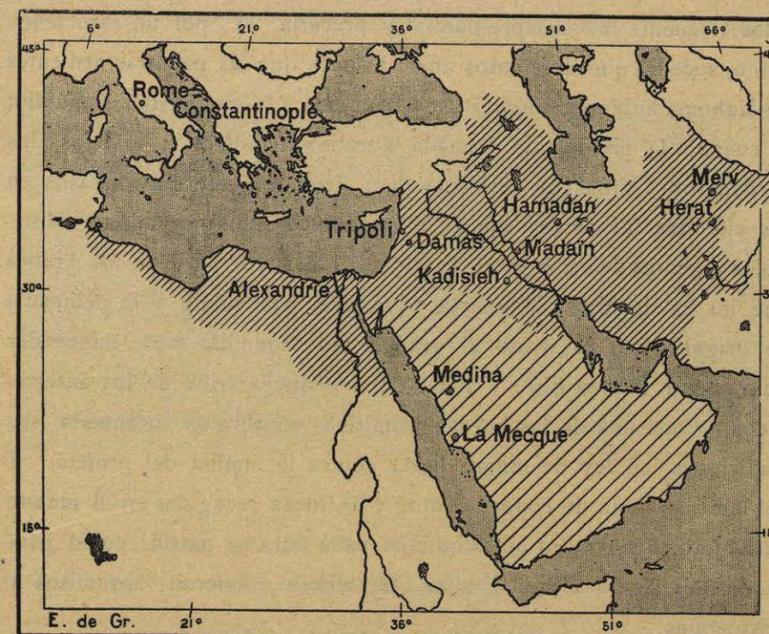
¹ J. Wellhausen, *Die Reste des arabischen Heidenthums*.

² R. Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*, p. 28.

³ H. Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 20.

dona, se desbanda, recobrando su voluntad, siguiendo el camino de su elección. Y, cosa curiosa, un árabe fué, Ibn-Khaldun, quien parece haber formulado por primera vez la teoría de una sociedad anárquica, libre de todo gobierno. Según el sabio historiador del siglo XIV, la

N.º 283. Primeras conquistas de los Arabes.



1 : 50 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

La Trípoli de Berbería (Tarabolos-al-Gharb), sobre la costa de Africa, al sud de Sicilia, era lo que convenía indicar sobre este mapa y no la de Siria (Tarabolos-ech-Cham).

El rayado ancho se aplica á la península árabe, que se supone convertida al Islam antes de 632, los rayados estrechos cubren los territorios conquistados por los Mahometanos de 632 á 664, pero la mayor parte de esas comarcas estaban bajo la dominación árabe desde antes de la muerte del segundo sucesor de Mahoma, el kalifa Omar.

sociedad «perfecta», es decir ideal, se constituye fuera de toda dominación material, de toda ley, por el acuerdo de los sabios que buscan únicamente la perfección y á quienes dejan indiferentes las mezquinas consideraciones de interés político ó nacional¹.

¹ Ernest Nys, *Revue de Droit International et de Législation comparée*, t. XXX, 1898.

Por lo demás, el país nativo del Árabe no fué conquistado jamás: los antiguos Caldeos y Egipcios no hicieron más que poner el pie sobre las provincias exteriores de la comarca; los Hymiaritas no poseyeron nunca el conjunto peninsular; el general de Augusto, Aelio Gallo, que invadió la Arabia, fué detenido por una epidemia antes de internarse mucho; en cuanto á la sujeción política de los Arabes á los Osmanlis fué siempre parcial y precaria. Y, por un raro fenómeno, sucedió que doscientos años después que las palabras ardientes de Mahoma hubiesen lanzado á los Beduinos á la conquista del mundo, y cuando la civilización llamada «árabe» irradiaba á lo lejos, los verdaderos «hijos del desierto» han llegado á ser muy escasos en los ejércitos invasores; son en ellos reemplazados por Turcos, Mongoles y gentes de otras razas asiáticas. La mayor parte de los Arabes que no ha devorado la guerra triunfante, han vuelto á la península de origen; han escapado al gran Estado mundial para emprender nuevamente la vida libre y audaz en la pequeña tribu de los antepasados. Cada una de las hordas primitivas recobra su autonomía, sus tradiciones, su ley de sangre hasta contra la familia del profeta. Y del inmenso botín de conocimientos y de ideas recogidas en el mundo extranjero, los Arabes no adquieren nada para su patria: como partieron del Nedjd ó del Hedjaz, así mismo volvieron, insumisos y aristócratas.

Por otra parte, la fe que había armado los Arabes para la guerra santa, los condenaba por eso mismo á la resignación en caso de desastre. En el fondo, la religión del mahometismo puro, bajo su forma monoteísta por excelencia: «No hay más Dios que Dios», es la fe ciega al invencible destino. Todo lo que sucede es irrevocable; todo acontecimiento es fatal, decidido de toda eternidad en el ciego querer de aquel sobre quien nadie puede influir. En el amable politeísmo todo tiene su Dios, hasta la zarza florida: puede esperarse siempre, porque hasta la desesperación tiene sus divinidades. Y en el severo cristianismo, sobre todo bajo la forma católica, cada santo es un intercesor: el desgraciado puede dirigirse al ejército de santos, hasta á algún piojoso divinizado que se rascaba en un estercolero, y, si vierte una lágrima, los ángeles pueden recogerla y llevarla como un diamante á los pies de la purísima Virgen.

Así el carácter del árabe propiamente dicho tal como lo había determinado la comarca de origen, no era el de un guerrero de profesión. Después de sus marchas triunfantes, debidas á la exaltación de la fe religiosa, el hijo del desierto no se encontraba ya en su carácter natural en medio de las naciones agrícolas, y por esta causa, abandonando los ejércitos que mandaban auténticos descendientes del Profeta, se volvió á su península originaria. Así se explica



Museo Británico.

De una fotografía.

MAHOMA SITIANDO LA FORTALEZA DE BAUN-AR-NADHIR
EL ÁNGEL GABRIEL LE PRESENTA UNA COPA Y UNA BOTELLA

(Miniatura, *Historia universal árabe*, siglo XIV)

que la conquista árabe, realizada por los compatriotas de Mahoma, no hubiese perseverado sino en los países que tienen semejanza geográfica con la Arabia por los montes rocosos, los desiertos de arena y de piedra, las aguas escasas y los grupos de oasis: los conquistadores no dejaron descendencia y no se perpetuaron al estado de tribus más que en comarcas análogas á las suyas, las que pudiera llamarse las «Arabias exteriores». En Persia, en Siria y hasta en Egipto no fueron más que extranjeros, mientras que bien lejos hacia el Oeste, al lado opuesto al desierto de Libia y hasta el Océano Atlántico, se hallaron como en su país, cerca de las sebtkas de Túnez y sobre las altas mesetas que dominan el Tell argelino en las montañas de Marruecos.

Es indudable que la aparición de los Arabes sobre el teatro del mundo tuvo como resultado felices consecuencias para la larga dura-

ción del imperio de Oriente, ya que no para su extensión territorial. Hiriendo á Persia que se hallaba en contacto inmediato con las multitudes semíticas acampadas sobre las riberas del Tigris y del Eufrates, los guerreros del Islam apartaban precisamente al más peligroso adversario de Bizancio; apoderándose de Siria, también le prestaban servicio, porque Constantinopla gastaba sus fuerzas manteniendo bajo su dominación ese baluarte de quinientos kilómetros estrechado entre el desierto y el mar. La segunda Roma pudo gozar de una larga pausa de que se aprovechó, si no para reconstituirse prudentemente y recobrar fuerzas para emanciparse de los monopolios, por la iniciativa del trabajo libre, al menos para reunir riquezas y reconquistar su prestigio. Gracias en parte á la disminución de los contingentes árabes, producida por el rápido derrame del lado del Este hacia Persia, y del lado del Oeste hacia Egipto, el centro perdió su poder de ataque en la dirección del Norte y fué un vecino menos peligroso que Persia, pero débese también á que Constantinopla estaba separada de la llanura mesopotámica por unas comarcas poco propicias al desarrollo del Arabe. Al mismo tiempo que guerreando contra el Estado que representaba por excelencia la religión rival, los kalifas no tenían ya en el entusiasmo de sus fieles suficiente empuje para salir de las llanuras y de las abrasadas tierras del Mediodía á través de las mesetas y las montañas del Asia menor.

Sin embargo, los Arabes hicieron tentativas frecuentes para sorprender la ciudad que personificaba en sí á la vez el mundo cristiano y el prestigio de la Roma antigua. Avanzando en Anatolia por la puerta de Cilicia, atravesaban la península á marchas forzadas para llegar rápidamente á Constantinopla; pero habían sido precedidas por las señales de hogueras encendidas de colina en colina y habían tomado las medidas necesarias para impedir el paso del Bósforo. Verdad es que cierto emperador Miguel, irritado porque hallándose en el anfiteatro se le anunciara la invasión de los Arabes, prohibió (859) que se le fatigase más con el uso de esa telegrafía molesta¹; pero en aquella época ya habían perdido los Arabes su primera furia y por tres veces los ensayos de bloqueo hechos por mar termi-

¹ W. M. Ramsay, *Geographical Journal*, Octubre 1903, p. 101.

naron sin gloria y sin provecho. También Bizancio pudo continuar sirviendo de baluarte al Occidente contra el Islam durante seis siglos, y, cuando sucumbió, cayó bajo los golpes de una raza diferente de la de los Árabes.

Los cambios operados en Persia por la conquista árabe se llevaron á cabo con rapidez tan admirable, que puede calificarse de vertiginosa. Antes del formidable choque de Kadesiyeh, «la batalla de las batallas», que duró cuatro días, los Iranios profesaban por decenas de millones la fe mazdeana: algunos años después, todos los Persas, á excepción de pequeñas comunidades proscritas, se decían musulmanes. La fuerza brutal lo quiso así, había sido preciso convertirse á la fuerza ó morir, y como sucede siempre en semejante caso, los menos nobles se sometieron, en tanto que los mejores sufrieron la muerte, cumpliéndose una selección al revés. Los valientes, los hombres de convicciones fuertes, los que, según la expresión irania, «miraban con soberbia á los soberbios», cayeron en los combates, mientras el rebaño de los cobardes, obedeciendo las órdenes de los nuevos amos, renegando indignamente lo que había sido su fe, preparaba á las dinastías de los conquistadores y déspotas largas generaciones de súbditos envilecidos. Después de las matanzas, se pasaron muchos siglos en un prolongado silencio del pensamiento, y el genio persa refloreció en la poesía.

El último centro de resistencia contra el extranjero fué el país de Rai, la antigua Raga ó Rhaga, que ya bajo los Akheménidas constituía un pequeño Estado sacerdotal, independiente, como lo es en nuestros días el Vaticano en pleno reino de Italia. Un gran sacerdote, que se hacía pasar por sucesor de Zoroastro, edictaba allí en paz decretos religiosos. La veneración del pasado había mantenido ese poder eclesiástico durante el curso de los siglos, á pesar de los cambios políticos y las conquistas; pero el odio de los musulmanes se exasperó mucho por ello. Khaled vino á sitiarse al jefe de los magos en la fortaleza de Ustunavand y la tomó por asalto: tal fué el último episodio de la resistencia nacional de los Iranios¹. El Rey de los Reyes pereció

¹ Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, p. 520.